

La psicología nihilista en el sistema capitalista

The nihilistic psychology in the capitalist system

Édgar Salvador Sanabria

Resumen. El ideal nietzscheano dicta que el individuo se afirme en el instante en el mundo, en su cuerpo, en él mismo, y que el sentido de su existencia esté en sí. Para llegar a tal punto es necesario quitarse de encima todos los yugos, tanto metafísicos como ontológicos. Después de la muerte de Dios, el yugo metafísico continúa en la política, la economía, la ciencia, etc.; ahora el nihilismo se da en los campos ontológicos del individuo, y en el sistema capitalista sin lugar a dudas. Uno de estos campos ontológicos es la psicología, pues al participar en la normalización de los sujetos, al ser instrumento del capitalismo, procura un nihilismo en los individuos. ¿Qué queda por hacer para revertir el papel de la psicología nihilista?

Palabras-clave: nihilismo, confesión, psicología/psicoanálisis, anatomopolítica/biopolítica, resistencia.

Abstract. The nietzschean ideal dictates that the individual have to self-affirm in the instant in the world, in his/her body, and with him/her-self, so the meaning of his/her existence would be in him/her-self. To come to this point, it's necessary to take off all metaphysic and onthologic yokes. After the death of God, the nihilism entailed in confining the meaning of existence of a subject to God, continues as nihilism sprout in the ontological fields of the Individual, and in the capitalist system, without a doubt. One of this ontological fields is the psychology, since participates in the normalization of subjects. Psychology is an instrument of capitalism, tends to the nihilism of the individuals. ¿What is left to do to throw back the nihilism in psychology?

Key-words: nihilism, confession, psychology/psychoanalysis, anatomopolitics/biopolitics, resistance.

I. Sobre el nihilismo en Nietzsche en general

Durante mucho tiempo hemos servido y dependido de Dios, teníamos y debíamos nuestra vida a Él. Esto no significa otra cosa que el ser humano, a modo de fe, ha postrado el sentido de su vida, y por supuesto de su existencia en este mundo, en la idea de Dios. Siguiendo la teoría del filósofo Friedrich Nietzsche, el sujeto del cual no pende su existencia de él

mismo, tiene una voluntad de poder nihilista¹, sus valores son la negación del mundo, negación de la vida, de su cuerpo mismo; es la negación de la vida en busca de su sentido en una meta-existencia transmudana, lo cual en última instancia lo aleja de auto-afirmarse en la tierra, en la carne, lo aleja de su propia felicidad. Cuando el sentido de la existencia propia no está en uno mismo, sino en un ente metafísico, la voluntad de poder no puede ser más que nihilista. ¿Haría falta que matásemos a Dios para que el sentido de la existencia dependiera de cada uno de nosotros?

Así es como el famoso loco en el aforismo de Nietzsche (1882) nos presenta la muerte de Dios:

No habéis oído hablar de ese loco que encendió un farol en pleno día y corrió al mercado gritando sin cesar: “¡Busco a Dios!, ¡Busco a Dios!”. Como precisamente estaban allí reunidos muchos que no creían en dios, sus gritos provocaron enormes risotadas. ¿Es que se te ha perdido?, decía uno. ¿Se ha perdido como un niño pequeño?, decía otro. ¿O se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se habrá embarcado? ¿Habrá emigrado? - así gritaban y reían alborozadamente. El loco saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “¿Qué a dónde se ha ido Dios? - exclamó-, os lo voy a decir. Lo hemos matado: ¡vosotros y yo! Todos somos su asesino [...] ¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!

El mensaje del loco nietzscheano no es cualquier cosa, solamente es el anuncio de la muerte del sentido metafísico de los seres humanos, algo que ya se venía venir con Marx, Hegel o Feuerbach; ahora la preocupación de la filosofía, de la política, del ser humano deberá ser él mismo. Ya no es la política de y para Dios (donde el soberano era tal por designio divino), ya no es una filosofía de lo infinito (que al menos hasta Descartes, está presente Dios), ya no es una ciencia cuyo principal problema y obstáculo era ese ente misterioso llamado Dios; ahora el punto central es la humanización de estos campos, su secularización. Pero con la muerte de Dios cambia la esfera (metafísica) a una ontológica (de los campos de ser del individuo); los valores nihilistas inculcados por la religión y la idea de Dios que niegan el cuerpo y la tierra continúan, ahora tenemos valores nihilistas consecuencia de la humanización de la divinidad; se pasa de la máxima “todos somos iguales ante Dios” a una igual de hipócrita: “todos somos iguales ante el Estado”. El ser humano aún después de la muerte de Dios sigue alienado no encontrando la afirmación² en él mismo.

¹ Recordemos que en el pensamiento nietzscheano la voluntad de poder, motor vital del y en el mundo, consta tanto de fuerzas activas como reactivas, una voluntad de poder nihilista es pues donde las fuerzas reactivas predominan sobre las activas, en una voluntad de poder activa pasa lo contrario; dominio de las fuerzas activas sobre las reactivas.

² En la filosofía nietzscheana la afirmación o auto-afirmación se da al intuir la idea del eterno retorno, al tener una voluntad de poder donde las fuerzas activas predominen sobre las reactivas, es pues una acción y obra del superhombre. Cabe mencionar que, en una interpretación personal, la auto-afirmación no es posible estando el ser humano alienado ya sea a la Idea de Dios o cualquier campo del saber con valores nihilistas.

¿Qué sucede concretamente con la muerte de Dios? Que el sentido de la existencia del ser humano deja de ser postrado en un “algo” metafísico. Pero no por ello se dejará de ser nihilista; simplemente se cambió de un Dios a campos ontológicos del ser humano, donde persiste la esperanza divina (a manera de dogma, por ejemplo, en una teoría científica o filosófica). La religión vive a la sombra de Dios, la ciencia toma el papel de salvador de la humanidad (por sus adelantos y hallazgos), la política toma una sobrevaloración al esperar de ella una sociedad llena de paz, libertad e igualdad que antes era prometida con el paraíso.

Entonces, todos los campos, y en general la cultura, heredan el nihilismo propio del cristianismo. Psicología, filosofía, religión, pedagogía, política, ciencia, medicina, etc., son campos del conocimiento que al tratar de dar un sentido al ser humano, al tratar de sustituir el papel de Dios³, caen en formas de “ideales ontológicos” que el ser humano debe seguir para llegar a una posible felicidad.

II. Sobre la psicología nihilista desde una perspectiva foucaultiana

¿Cómo la psicología, en particular, puede mostrarse como heredera de valores nihilistas del cristianismo? Parte de la psicología, incluido el psicoanálisis, se sirve de un elemento propio de los sacerdotes cristianos: la confesión.⁴ Centrémonos propiamente en una sociedad dominada por

³ Es prudente matizar que en la filosofía nietzscheana, proliferan distintos tipos de hombres nihilistas: hombres superiores que quieren tomar el lugar de Dios, tales como los políticos, científicos, filósofos, psicólogos; últimos hombres que viven a la sombra de Dios, tales como los sacerdotes, ascetas, religiosos en general; hombres que quieren perecer debido al carácter auto destructivo del nihilismo. Ahora que, después del hombre que quiere perecer, y con la respectiva afirmación de las fuerzas reactivas y la reafirmación de las fuerzas activas de la voluntad de poder, sobreviene el súper hombre, superación instantánea del nihilismo.

⁴ Sobre la confesión en el psicoanálisis, tenemos en cuenta que hay una vasta discusión de dónde sacar jugo, pero para cuestiones del presente trabajo, no es pertinente abordarlas pues inevitablemente nos desviaríamos demasiado en el curso del objetivo. Aún así sabemos de la magnitud de la problemática, por ejemplo, en una entrevista a Lacan leemos: “**Panorama:** ¿El análisis como diálogo? Hay gente que lo interpretan sobretodo como un sucedáneo laico de la confesión...

Lacan: ¿Pero qué confesión? Al psicoanalista no se le confiesa nada. Se va a decirle simplemente todo lo que se le pasa por la cabeza. Palabras precisamente. El descubrimiento del psicoanálisis, es el del hombre como animal parlante. Es asunto del analista el poner en serie las palabras que escucha y de darle un sentido, una significación. Para realizar un buen análisis, hace falta un acuerdo, una afinidad entre el analizante y el analista. A través de las palabras de uno, el otro busca hacerse una idea de lo que se trata y a encontrar más allá del síntoma aparente, el difícil nudo de la verdad. Otra función del analista es la de explicar el sentido de las palabras para hacer comprender al paciente acerca de lo que puede esperar del análisis.

Panorama: Entonces es una relación de una extrema confianza.

Lacan: Sobre todo un intercambio, en el cual lo importante es que uno habla y el otro escucha. Aún en silencio. El analista no plantea preguntas y no tiene ideas. Da solamente las respuestas que hace falta dar a las preguntas que suscitan sus buenas ganas. Pero a fin de cuentas, el analizante va siempre a donde el analista lo lleva” (entrevista disponible en: <http://el-iv-a-n.blogspot.mx/2012/04/entrevista-lacan-en-la-revista-panorama.html>.

Recuperado el 27/02/2012).

El punto que habría que marcar es que “el analizante va siempre a donde el analista lo lleva”, y tomando en cuenta después continua: “Freud decía que la sexualidad para el animal parlante que se llama el hombre, no tiene ni remedio ni esperanza. Uno de los deberes del analista es el de encontrar en las palabras del paciente el

las ideas religiosas cristianas, donde el Dios omnipresente todo lo ve, donde la idea de un paraíso –y un infierno- después de la vida terrenal está inscrita en las venas de cada individuo. La confesión de los pecados era la única forma de perdón, si no totalmente, parcialmente aunada a la penitencia; confesar los pecados propios, desde pensamientos, deseos, acciones, era la llave de una salvación que debía ser ganada para el confesor, mas para el sacerdote era una forma de implantar la disciplina en los sujetos.

El sacerdote que sabía los pecados de los confesores tiene a su mano verdades íntimas, oscuras, pues no debían ver la luz para ser oídas por todos; la técnica de la confesión da al sacerdote un coto de poder sobre los confesados, no sólo por su autoridad moral-religiosa (es Dios quien oye a través del sacerdote), también por su moralidad-vigilante: sabe qué pecados han cometido, cómo los han hecho, dónde, por qué. El sacerdote representa así un pilar de obediencia y disciplina para los creyentes. El nihilismo, en la confesión cristiana, sería detectable en dos puntos: en primer lugar porque al confesar propiamente un pecado en el marco sexual (aunque podría ser en general, instintivo, pulsional o incluso racional) se maldice, se manda una penitencia para el pecador, se le condena al mismo tiempo a negar un aspecto inherente en él, el sexo, con ello su carne, su inmanencia en este mundo; todo lo material, lo carnal, lo perecedero debe negarse, abstenerse de amar el mundo material pues la verdadera felicidad está en el paraíso, después de la muerte, del cuerpo pecador, dicta el cristianismo con una marcada influencia de la filosofía platónica.

El segundo punto de detección del nihilismo es cuando se evidencia que el sujeto cristiano tiene, casi como presupuesto, una alienación a la idea de Dios cristiana; si es que este mundo es de sufrimiento y dolor, hay que soportarlo por ser pecador, y el único que puede ayudarnos es Dios pues se apiadará de nosotros al ver cuánto sufrimos, tal y como sufrió su hijo Jesucristo en la cruz. El sujeto que es objeto de la confesión no tiene, pues, ni la más mínima idea de llegar a amar su existencia en este mundo material y perecedero, lo que Nietzsche denuncia ha provocado el cristianismo.

La confesión, como técnica de extracción de la verdad del sujeto, no sólo ha sido piedra angular de la penitencia cristiana, sino que al paso del tiempo se fue expandiendo a campos ya no sagrados, ya no religiosos. Así nos lo dice Foucault (1976): “la confesión difundió hasta muy lejos sus efectos: en la justicia, en la medicina, en la pedagogía, en las relaciones familiares, en las relaciones amorosas, en el orden de lo más cotidiano [...]”

nudo entre la angustia y el sexo, ese gran desconocido". Así, sospechamos que si bien no hay una confesión explícita, sí hay un tipo de confesión o de “extracción” de la verdad, que versaría sobre el sexo, cosa que Foucault señalaría. Pero, en fin, esta sería otra discusión, más que apasionante.

se confiesan los crímenes, los pecados, los pensamientos y los deseos, el pasado y los sueños”. Y de manera obvia, la confesión ha penetrado significativamente a la psicología, y quizá más evidentemente, al psicoanálisis, donde (Foucault, 1976) el punto central de la confesión es el sexo, que desde la penitencia moral del cristianismo, hasta hoy, ha extraído la verdad de la conciencia o inconsciencia del sujeto.

Indudablemente el entorno y los objetivos de la confesión han cambiado en la actualidad, pero no se puede negar que bien puede tomarse la práctica psicológica o psicoanalítica como una especie de secularización de la confesión cristiana. ¿Pero qué tiene que ver, ahora, esta práctica milenaria con el nihilismo que Nietzsche denuncia? La pregunta no es tan difícil de contestar: si el sexo era el tema central de la confesión, tanto en la práctica de la penitencia cristiana como en el análisis psicológico-psicoanalítico, era porque estaba (y aún lo está) satanizado, prohibido, moralizado; la consecuencia, en el cristianismo, era un rechazo de éste, una negación de la carne pecadora; en la práctica psicológica, tendríamos tal vez no una negación rotunda del sexo, pero sí se le reprime pues (Foucault, 1976):

[...] se lo lleva a coincidir con el desarrollo del capitalismo [...] si el sexo es reprimido con tanto rigor, se debe a que es incompatible con una dedicación al trabajo general e intensiva; en la época en que se explotaba sistemáticamente la fuerza de trabajo, ¿se podía tolerar que fuera a dispersarse en los placeres, salvo aquellos, reducidos a un mínimo, que les permitiesen reproducirse?

Si bien no había negación del sexo, éste sí era utilizado para una economía capitalista en donde la fuerza en bruto del proletario no se desgastara en placeres mundanos y que, sobre todo, no eran productivos para el dueño del capital. Si bien hay, en primera instancia, una cara negativa-privativa del sexo, en realidad hay una incitación-positiva que produce tanto discursos como formas de subjetividad. Si nos centramos en las relaciones primigenias de poder en la confesión, tenemos una incitación a los discursos sobre el sexo, que al mismo tiempo es llevado al mutismo por un carácter aparentemente “represivo”.

Sí que había un nihilismo, sólo que ahora ya no en la misma dirección que en la confesión cristiana; ahora se tiene al sujeto tan privado de una libertad⁵ que le sería imposible tomar el sentido de su propia

⁵ Habría que hacer un análisis profundo del tema de la libertad en el pensamiento de Michel Foucault. Si bien tanto en su libro *Vigilar y Castigar*, que inaugura la etapa genealógica o del poder, nos da un panorama muy pesimista, mismo que refuerza al final de *La Historia de la Sexualidad-La Voluntad de Saber*, pareciera que la esperanza la dicta en una de sus últimas clases impartidas en Colegio de Francia (nos referimos a las clases recogidas en *Defender la Sociedad*) cuando nos dice al pensar que los discursos “liberadores” pueden ser recodificados o normalizados: “esos fragmentos genealógicos corren el riesgo, tal vez de ser recodificados; [...] ¡Hagan la prueba entonces!”. No tenemos un elemento o una forma de liberación pura, no hay una vanguardia proletaria que esté libre de discursos represivos; no hay libertad pura, sino libertad siempre

existencia. Tocamos ahora un punto por demás importante, a saber, que en el capitalismo hay una continuación del nihilismo, en dicho sistema económico-político hay una exigencia de que los obreros tengan todo su tiempo libre, pues su vida es tiempo, su tiempo es dinero; además de que dicho sector proletario debe estar negado de tener u obtener los medio de producción (Marx, 1867):

La transformación del dinero en capital exige, por tanto, que el poseedor de dinero se encuentre en el mercado con el *trabajador libre*, y libre desde un doble punto de vista. En primer lugar, el trabajador debe ser una persona libre, que disponga libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía; en segundo lugar, no ha de tener ninguna otra mercancía que poner en venta, deber ser, por así decirlo, libre de todo, estar completamente desprovisto de las cosas necesarias para la realización de su capacidad de trabajo.

¿Cómo decir que hay nihilismo en el punto antes expuesto? El capitalismo exige casi todo el tiempo del proletario, exige que éste no haga otra cosa más que producir capital, a fin de cuentas el obrero termina por poner el sentido de su existencia en producir, trabajar, ser explotado, para sobrevivir; el obrero está expuesto a las necesidades de la clase dominante, su principal objeto es (Marx, 1848) “acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva”.

En el capitalismo el ser humano no tiene el sentido de su existencia en él mismo. La psicología y, como lo señala Foucault, el psicoanálisis, tiene un papel central en la alienación del sujeto en el sistema capitalista, por ejemplo, el sexo para los obreros tiene que ser reducido al mínimo, al necesario para reproducirse, una liberación al menos discursiva sobre el sexo tendría no que proliferar el habla sobre él, pues eso lo incita la misma represión y control de lo discursivo; la puesta en libertad del obrero, incluido lo sexual, debería venir desde la transgresión de las leyes por la palabra, el erigir la verdad sobre el sexo y su relación con lo político, con ello toda una nueva economía de los mecanismos de poder: “Efectos tales no pueden ser esperados de una simple práctica médica ni de un discurso teórico, aunque fuese riguroso. Así, se denuncia el conformismo de Freud, las funciones de normalización del psicoanálisis” (Foucault, 1976). Vemos aquí el elemento psicoanalítico represivo.⁶

No exponemos a la psicología o al psicoanálisis como una “ciencia” que sea un “mal” para la liberación del ser humano, mucho menos como un instrumento a priori del capitalismo; sostener lo anterior no sería sino un juicio apresurado y sin fundamento. Lo que se sostiene es, más bien, que los campos ontológicos del conocimiento (y también de la acción) del

condicionada. Michel Foucault, *Defender la Sociedad*, Trad. de Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pág. 25.

⁶ No debemos olvidar que Foucault, siguiendo a Nietzsche, no le da un valor predeterminado a los elementos, en este caso al psicoanálisis. Así como hay un ejercicio del psicoanálisis, y de la psicología, “negativo”, hay uno “positivo”, o mejor dicho, liberador.

ser humano son por así decirlo, “neutrales”, mas debe tenerse en cuenta que estos poseen carga ideológica por el uso que se les da, más que una paradoja (porque quién creo estos campos, si no el ser humano), es una visión de tercer juicio: no decir que estos campos de conocimiento humano, por ejemplo el psicoanálisis o la psicología, son “malos” en sí mismos (habría que hacer más anotaciones a estos juicios valorativos desde una perspectiva nietzscheana) por ser utilizados para el capitalismo, ni son “buenos” en sí mismos por ayudar por ser instrumento o vía de la liberación de los sujetos; estamos aquí en una posición muy próxima a Spinoza o al más allá del bien y del mal nietzscheano.

Tanto la psicología como el psicoanálisis son un “arma de doble filo”. Pues bien pueden servir, dentro de un sistema político-económico capitalista para acrecentar, sostener, producir dicho sistema, o bien pueden ser puntos de resistencia, micro física del poder; por ejemplo, lo que tendría que hacer la verdadera psicología, según Michel Foucault (1961), es cumplir con la finalidad propia de la psicología como ciencia del hombre: desalienarlo. Cosa tal vez muy contraria a la realidad, aunque nunca generalizando, sobre todo porque una relación de poder presupone un ejercicio de sometimiento pero también de resistencia; la psicología/psicoanálisis quizá tendría(n) que darle un vuelco a su modo de acción en la sociedad capitalista, desalienar como señala Foucault, más que normalizar sujetos para el capitalismo.

Pero tal vez estemos muy lejos del tiempo en que la psicología o el psicoanálisis como tal sean factores de la liberación, tanto del ser humano (individual), para ser luego condiciones necesarias de la liberación de la sociedad de un régimen capitalista donde la psicología y el psicoanálisis, se utilizan para normalizar a los sujetos.

III. Sobre la participación en la normalización de la psicología y el psicoanálisis o la psicología y el psicoanálisis en la anatomopolítica y biopolítica

La normalización del sujeto, que Foucault expone al final de *Vigilar y Castigar* (1975), aparece sólo después del modelo de Estado soberano-suplicio, del modelo reformista-representación, para darse en el modelo disciplinario-normalizador; al mismo tiempo da cuenta del paso de una sociedad punitiva del castigo del cuerpo a una sociedad disciplinaria de normalización de los sujetos –no prescindiendo absolutamente del cuerpo como objeto de coerción, siempre hay una política del cuerpo. Pero (Foucault, 1997) “luego de esta anatomopolítica del cuerpo humano, introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, algo que ya no es esa anatomopolítica sino lo que yo llamaría una biopolítica de la especie humana”, no ya objeto el cuerpo individual humano aunque sea en su mínimo castigo. La individualidad punitiva se deja a un lado para centrarse en “un nuevo cuerpo: cuerpo múltiple, cuerpo de muchas

cabezas, si no infinito, al menos necesariamente innumerable. Es la idea de *población*. La biopolítica tiene que ver con la población, y esta como problema político, como problema a la vez científico y político, como problema biológico y problema de poder [...]”.

Y no es que estos dos tipos de sociedades, disciplinarias y biopolíticas, se repelen o excluyan, más bien funcionan, la segunda sobre la primera (incluso sobre unos cuantos vestigios del Estado soberano); así hallamos que bien puede haber al mismo tiempo tanto normalización de los sujetos como un control de la vida de la población (Arteaga, 2012): “para Foucault las sociedades de control son una expresión del éxito de las sociedades disciplinarias [...] la gubernamentalidad se refiere al proceso particular de ejercicio de poder por encima del poder del soberano y el poder disciplinario”.

Ahora que vemos que no hay exclusión de una anatomopolítica y una biopolítica, también podemos encontrar que, por consecuencia, haya elementos que participan de estos dos tipos de sistemas punitivos como lo es la sexualidad, así nos dice Foucault (1997):

La sexualidad fue importante por muchas razones, pero en particular por las siguientes: por un lado, como conducta precisamente corporal, la sexualidad está en la órbita de un control disciplinario, individualizador, en la forma de vigilancia permanente (y, por ejemplo, los famosos controles de la masturbación que se ejercieron sobre los niños desde fines del siglo XVIII hasta el siglo XX, y esto en el medio familiar, escolar, etcétera, representan exactamente ese aspecto de control disciplinario de la sexualidad); por el otro, se inscribe y tiene efecto, por sus consecuencias procreadoras, en unos procesos biológicos amplios que ya no conciernen al cuerpo del individuo sino a ese elemento, esa unidad múltiple que constituye la población. Compete, por tanto, a la disciplina, pero también a la regularización.

La psicología y el psicoanálisis serían otros de estos elementos, instrumentos que sirven para el funcionamiento de estos tipos de sociedades, pues, servirían para una disciplina del cuerpo (a través de las terapias, aunque quizá sería más evidente en la psiquiatría) en una sociedad disciplinaria, y también serían activas en una sociedad de control, por ejemplo, con los recursos estadísticos que aplican (uno a uno a cada paciente para después generalizar) hasta las etiquetas de “enfermedades” o “anomalías” que pueden llegar a ser puestas en las subjetividades de los pacientes. Un ejemplo sería el DSM, utilizado por ciertas áreas de la psicología como la clínica, donde se etiquetan y marcan a las personas como enfermos, basándose en un método deductivo del cual sus fundamentos “científicos” tiemblan al ponerlos a una crítica meticulosa.

Se señala así, o mejor dicho, se devela el papel de la psicología-psicoanálisis como un instrumento del capitalismo, cuya sociedad disciplinaria-regulativa procura cuerpos dóciles, sujetos normalizados y

controlados; más allá de cualquier discusión meta-teórica sobre la psicología o el psicoanálisis, se denuncia, como ya lo ha hecho Foucault, su papel de normalizador en la sociedad capitalista.

Por ejemplo, en *Vigilar y Castigar* (1975), Foucault nos muestra cómo al pasar de un modelo de castigo del soberano sobre el cuerpo supliciado del culpable, a un modelo de castigo ya no centrado en el cuerpo, sino en el alma del delincuente, donde para poder obtener un proceso tanto más científico como humanístico, aparecen simultáneamente:

Los jueces de normalidad están presentes por doquier. Nos encontramos en compañía de del profesor-juez, del médico-juez, del educador-juez, del trabajador social-juez; todos hacen reinar la universalidad de lo normativo, y cada cual, en el punto en el que se encuentra, le somete el cuerpo, los gestos, los comportamientos, las conductas, las actitudes, las proezas. La red carcelaria [...] ha sido el gran soporte, en la sociedad moderna, del poder normalizador.

Así (ibídem):

El castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos. [...] Como efecto de esta nueva circunspección, un ejército de técnicos [...] los vigilantes, los médicos, los capellanes, los psicólogos, los educadores.

El papel de los psicólogos no es menor, pues ellos participan (también lo harían los psicoanalistas) de la ortopedia del sujeto anormal, encauzan el modo de ser de los sujetos hacia un objetivo claro y conciso; ser obreros, técnicos, piezas del engranaje, mano de obra barata y sustituible, ser sujetos cuya finalidad existencial es producir, consumir, procurando ese círculo vicioso en la naturalidad de sus vidas hasta su muerte. El individuo inmerso en una sociedad disciplinaria, de regulatividad, capitalista, donde es controlado y encauzado a pesar suyo, termina por caracterizarse desde una visión nietzscheana como un nihilista por la vida.

Un elemento que sería propio del funcionamiento dentro de una sociedad tanto disciplinaria como regulativa y que está presente en las ciencias del ser humano (Foucault, 1997):

[...] el elemento que va a circular de lo disciplinario a lo regularizador, que va a aplicarse del mismo modo al cuerpo y a la población, que permite a la vez controlar el orden disciplinario del cuerpo y los acontecimientos aleatorios de de una multiplicidad biológica, el elemento que circula de lo uno a la otra es la *norma*. La norma es lo que puede aplicarse tanto a un cuerpo al que se quiere disciplinar como a una población a las que se pretende regularizar.

La norma que oscila entre los disciplinario y lo regulativo, es propia de las ciencias del ser humano, como la medicina, la psiquiatría, pedagogía, psicología, etc.; así (García, 2002) “cuando el sujeto se desvía

de la norma, aun sin conocerla, es castigado y realizará aprendizaje con el dolor físico, inscribiéndose la normatividad en su propia carne, en sus huesos, en su piel.” Esto en lo que se refiere a la sociedad disciplinaria, mas en la biopolítica se hace ver la otra parte: la del control. Entonces a todo aquel individuo que salga de la norma, que tenga tendencias de locura, que haga efectivos ilegalismos, que tenga una sexualidad diferente, se les marca y etiqueta según la tipología (esquizofrénico, homosexual, delincuente, etc.), y es a través de los análisis propios del ideal de la Ilustración, “separar y clasificar”, que todas estas ciencias humanas toman cada ser humano; éstos son reconocidos (ibídem) “antes que por su nombre, por el número que los identifica dentro de una serie”.

La psicología es parte de la sociedad disciplinaria y regulativa, que es instrumento, en una de sus formas, de la sociedad capitalista; se sirve de la teorización de lo anormal, de la aplicación de normas, normalización de los sujetos a un control que sirve a una mecánica económica de producción de capital. Su objeto de estudio, desde el siglo XVIII, se centra más en el alma que en cuerpo, no sólo del cuerpo (como en una “semiótica” de los rasgos físicos de un dibujo); hace estadísticas, clasifica, hace documentos, en general hace teoría, misma que es una “caja de herramientas”, la cual (*Cfr.* el prólogo de Miguel Morey en Deleuze, 1986) tiene por objetivo construir un instrumento, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas. Teoría que se convierte en un saber científico (como los jueces anexos que “aconsejan” al juez para condenar a un delincuentes) sobre el que es posible apoyarse para actuar en la coerción de los sujetos que violen las normas; teoría y praxis del sistema punitivo de lo anormal.

Recalamos que no se pretende generalizar-absolutizar, el papel de los psicólogos o de los psicoanalistas, pues no todo el quehacer de estos técnicos del alma humana, como los llama Foucault, está destinado a favorecer o procurar el régimen capitalista; sin lugar a dudas, así como estos campos ontológicos del conocimiento humano pueden servir como instrumento del capitalismo, puede servir como su antípoda: como resistencia. ¿Qué hacer entonces? ¿De qué forma actuar como resistencia? En primer lugar una resistencia (García, 2002) “está siempre presente en una relación de poder, ejercicio del poder y resistencia se encuentran indisolublemente unidos, convertido uno en el gemelo de la otra, implicados siempre en una relación de provocación permanente”.

Inherentemente, y por la lucha de poderes (microfísica de poder), se está en un constante combate (la política es la continuación de la guerra por otros medios) de ejercicio (sometimiento) del poder y resistencia que es (ibídem) “la capacidad de todo sujeto de enfrentar el ejercicio del poder, de intentar salirse del juego, de escabullirse o de hacerle trampas al poder, se la ha considerado normalmente activa, si bien es común, en el mundo actual, la resistencia pasiva, la no-acción como respuesta.” No se crea

pues que la resistencia es violencia (al menos en la teoría foucaultiana); es la manera de formar estrategias para burlar el ejercicio del poder, para estar, siendo lo anormal, lo otro; así la psicología con el mero hecho de no participar de la mecánica capitalista, estaría siendo ya una resistencia, estaría no-siendo una psicología como instrumento del capitalismo (ibidem): “La resistencia pasiva parece un contrasentido, pues resistencia significa acción, y su pasiva una no-acción, pero en esta perspectiva, lo pasivo pierde toda connotación negativa y, desde esa negatividad, la no-acción extrae toda su positividad, el no-hacer se convierte en un hacer”.

IV. A modo de conclusión

La pasividad es acción, de ahí que ese no-hacer se halle en potencia de un hacer liberador, tal como la psicología de la liberación (que tendría su correlato en la filosofía de la liberación, que como la psicología tiene su antecedente en la teología de la liberación). Los psicólogos y psicoanalistas que tomen el papel de un no-hacer como acción, que teoricen y meta-teoricen sobre el hacer de la psicología y psicoanálisis en la sociedad actual, que tengan una visión amplia –y no sesgada sólo a una cierta rama de la psicología, o tal vez ni siquiera a ésta misma- sobre el campo intelectual pero también sobre la realidad en la que se desenvuelve a diario, crítico de la institución a la que pertenece, de cualquier modo represión y coerción sobre los sujetos, cualquiera que tenga inscrito –a modo de casi un imperativo categórico- que el quehacer de todo intelectual, humanista, sujeto consciente (o al menos de visión del mundo más amplia) sería el teórico que se necesita actualmente.

La realidad exige de los intelectuales, de los humanistas, de los sujetos que tengan una visión más amplia del mundo, actuar, resistir, teorizar; pero también denunciar, señalar, criticar, re-formular el sistema educativo –al menos- que tiende al cinismo del capitalismo. El ideal nietzscheano es la afirmación y autoafirmación del instante en el que el sujeto es-en-el-mundo, instante que exige una crítica y genealogía de la moral, estar más allá del bien y del mal, deshacerse de los yugos metafísicos como Dios, de los yugos ontológicos como la política, para después centrarse en la inmanencia del instante como devenir del todo. En la lógica capitalista el individuo no tiene más tiempo y libertad más que para producir, para ser explotado: panorama totalmente nihilista, del cual no podría quererse que volviera una y otra vez, absolutamente nada.

Referencias

- Arteaga, N. (2012) *Vigilancia, poder y sujeto*, México, Ed. Itaca.
- Deleuze, G. (1986) *Foucault*, Barcelona, Ed. Paidós-Studio, 1987. Véase el prólogo de Miguel Morey.

- Foucault, M. (1961) *Enfermedad mental y personalidad*, Buenos Aires, Paidós. Citado en Abeijón, M. “Michel Foucault y las tempranas críticas a la psicología en la década del cincuenta”, en Revista de Epistemología y Ciencias Humanas, recuperado de <http://www.revistaepistemologi.com.ar/biblioteca/12.Michel%20Foucault%20y%20las%20tempranas%20criticas%20a%20la%20psicologia%20en%20la%20decada%20del%20cincuenta.pdf> Última revisión 08/08/2012.
- Foucault, M. (1975) *Vigilar y Castigar*, Trad. de Aurelio Garzón del Camino, México, Ed. Siglo XXI, 2009.
- Foucault, M (1976) *Historia de la Sexualidad 1- La Voluntad de Saber*, México, Siglo XXI Editores , 2005.
- Foucault, M. (1997) *Defender la Sociedad*, Trad. de Horacio Pons, México, FCE, 2006.
- García, M. I. (2002) *Foucault y el Poder*, México, UAM-Xochimilco, 2010.
- Marx, K. (1867) *El Capital*, Barcelona, Ed. Folio, 2002.
- Marx, K. y Engels F. (1848) *El Manifiesto del partido comunista*, Moscú, Ed. Progreso, 1985.
- Nietzsche, F. *La Gaya Ciencia* (1882). Véase la página creada y actualizada por Horacio Potel “Nietzsche en Castellano”, el aforismo 125 “El Loco”, disponible en http://www.nietzscheana.com.ar/textos/de_la_gaya_scienza.htm revisada por última vez el 08/08/2012.
- Entrevista a Lacan en la revista Panorama de Roma, 21 diciembre 1974, disponible en: <http://el-iv-a-n.blogspot.mx/2012/04/entrevista-lacan-en-la-revista-panorama.html> último día de revisión 27/02/2012.

Fecha de recepción: 1 de febrero 2014

Fecha de aceptación: 15 de enero 2015